

CRITICA TEATRAL

Por SERGIO VODANOVIC

EN EL PETIT REX *20 Mayo, 1960*

PROGRAMA DE LA COMPAÑIA DE LOS CUATRO

LOS integrantes de la Compañía de Los Cuatro han insistido —en entrevistas periodísticas, en un panneau ubicado en el hall del Petit Rex, en el programa del espectáculo—, que las dos obras que actualmente presentan

El "triángulo sentimental" en acción. El que está en el suelo recibiendo golpes es, naturalmente, el marido. La escena corresponde a "Cuento de Verano", y en ella intervienen Orietta Escamez, Humberto Duvauchelle y Sergio Urrutia.



tienen unidad entre sí. Confieso que a mí se me escapan los fundamentos de esta afirmación.

Mientras "El hombre que se convirtió en perro", de Osvaldo Dragún, es una obra experimental, de acentuada crítica social, de duras aristas y dirigida especialmente a un público intelectuallizado; la obra "Cuento de Verano", de Alejandro Casona, basada en un cuento de Boccaccio, muestra el amable e intrascendente juego de un triángulo sentimental que agrada, preferentemente, a quien sólo exige del teatro un momento de placida diversión.

Difícil será encontrar el espectador que pueda mostrar igual entusiasmo por dos obras tan disimiles, y lo normal será que, al terminar el espectáculo, se exprese especial preferencia por una de las piezas y, al menos, indiferencia por la otra.

Sin embargo, hay una característica que puede ser común a ambas obras: la calidad narrativa que, en mayor o menor grado, asoma en ambas piezas. "El hombre que se convirtió en perro" es una de "las tres historias para contar" de Osvaldo Dragún. Su autor, calificado representante de la nueva dramaturgia argentina, muestra su inquietud por renovar en los cánones que dominan en la composición dramática de nuestros días. La influencia de Brecht, es en él evidente. Su búsqueda no está exenta de lograrlos. Hay momentos de genuina poesía dramática. En otras ocasiones, se le advierte indeciso. Pero lo importante es su búsqueda y su inquietud, su no conformismo con las reglas establecidas y sus deseos de superarla.

En lo conceptual, Dragún muestra vivir la angustia de su tiempo. Su juventud lo lleva a excesos y su actitud crítica social corre, a momentos, el peligro de debilitarse por esta falta de mesura. Pero sea cual fuere la posición que el espectador tenga respecto a las ideas de Dragún, no es posible desconocer que ellas están revestidas por el sello de verdad que le otorga su vehemencia ideológica.

Como contrapartida, "Cuento de Verano" es una anécdota simpática que narra la forma cómo se las arreglan una noble dama y el mayordomo de palacio, para engañar al marido y conservar "ambos su confianza".

La obra se mantiene por su simpatía e ingenuidad y está desprovista de mayor calidad dramática. Héctor Duvauchelle, personificando a Boccaccio, recita un prólogo ingenioso y de amable contenido.

La interpretación de la Compañía de los Cuatro es discreta. El escenógrafo, Claudio di Girólamo, ha tomado esta vez la responsabilidad de la dirección

de ambas piezas. En sus manos, los intérpretes se limitan a representar sus respectivos papeles, sin que se advierta una mayor intensidad dramática en "El hombre que se convirtió en perro", ni un mayor juego cómico en "Cuentos de Verano". El propio Héctor Duvauchelle dice su extenso prólogo con naturalidad y desenfado, pero sin explotar las numerosas posibilidades que le otorga el texto.

Como escenógrafo, Di Girólamo exhibe, sí, su experiencia y buen gusto.

EN EL "SATCH"

"PEREJIL"

EL primero de los ocho cuadros en que está dividido "Perejil" induce al error. La escenografía de Lugoze es bella y original, las comparsas se mueven armoniosamente y cantan una canción del más puro estilo de comedia musical, y cuando aparecen Peinetita, Cuchufli, y, a la postre, el propio "Perejil", se tiene la impresión de que la transposición de estos personajes de tira cómica al escenario teatral se ha hecho con tal propiedad que mantienen, en su nuevo marco, los mismos caricaturescos perfiles de su origen periodístico.

Pero después del primer cuadro, siguen otros siete más. Y a medida que la obra avanza, ya no es Lucho Córdoba quien se parece a "Perejil", sino éste quien toma las dimensiones del popular cómico. Al final, uno llega a preguntarse por qué Lucho Córdoba se ha puesto esa nariz tan grande. Lo mismo sucede con el resto de la obra. En un comienzo parece ser, efectivamente, una comedia musical; pero, después, queda convertida en una comedia más de aquellas a que ya nos tiene acostumbrados el popular actor, pero con agregados musicales. Y, por cierto, hay una diferencia grande entre una comedia musical y una comedia con música. Si se me permite una comparación gastronómica, podría decirse que existe la misma distancia que hay entre una tortilla de erizos y un plato de erizos con un huevo encima.

Reducida a estas proporciones, "Perejil" es una comedia reidera, en que el humor reside, especialmente, en chistes orales, juegos de palabras y alusiones a la actualidad nacional e internacional. Todo esto, salpicado con algu-



Lucho Córdoba caracterizando a "Perejil".

nos injertos musicales que tienen la reconocida calidad y simpatía de las canciones de Clara Solovera. No obstante, el punto alto en materia de intervenciones musicales es un "número" de solo de batería, ejecutado por Lucho Córdoba, el actor.)

Mario Rivas es el autor del texto de la comedia. En su calidad de técnico sobre "lo que hace y lo

que no hace un caballero", incluye diferentes parlamentos en que se discute este tema. La trama de "Perejil" consiste en las peripecias que le ocurren al popular personaje cuando se convierte en millonario por obra y gracia de un sorteo de boletas de compraventa. En estas circunstancias, Perejil debe aprender "lo que hace un caballero", y Mario Rivas lo provee de los consejos adecuados. Sin embargo, podría decirse que si Rivas sabe lo que "hace y no hace un caballero", a veces demuestra cierto desconocimiento de "lo que no hace un comediógrafo". Una de las cosas "que no hace un comediógrafo" es escribir una comedia que dura dos horas y media, incluyendo el corto intermedio. Con esta extensión, el espectador termina cansándose y no puede apreciar ciertos buenos chistes y situaciones que están colocados en la media hora de exceso. Tal ocurre con la muy buena interpretación de Olvido Leguía, quien tardíamente aparece en escena.

En el extenso reparto se pudo apreciar una contagiosa vitalidad y deseos de hacer las cosas bien. Lucho Córdoba —ya lo apuntábamos al empezar esta crítica— es más él mismo que

"Perejil", y la vigorosa personalidad del actor termina dominando el espectáculo. Sarita Astica se mantiene fiel a su personaje de "Peinetita" y su actuación constituye un franco acierto de la joven actriz. Yoya Martínez, Humberto Onetto, Jorge Sallorenzo, José Guixé, Mario Rebolledo, Marcelo Gaete son los puntos altos del reparto, conjuntamente con dos tercios de Norman Day. Este actor interpreta tres papeles. En los dos primeros, en que realiza elaboradas caracterizaciones, está muy bien. Cuando aparece "a cara limpia", la cosa es muy diferente.

"Perejil" será una obra de éxito. Abonan esta predicción el talento y la popularidad de Lucho Córdoba y Olvido Leguía, la explotación escénica de un personaje de caricatura que ya se ha incorporado a nuestra vida nacional, sus agregados musicales, la escenografía de Lugoze y el entusiasmo que trasciende hasta la platea de la mayoría de los integrantes de la compañía. Pero no es el espectáculo de jerarquía artística que se insinúa cuando recién se levanta la cortina del Teatro Satch.

S. V.



Sarita Astica protagonizando a "Peinetita".